

STARCRRAFT
HEART OF THE SWARM

El Grande

Alex Irvine



—*Paciente: sargento Norwood Doakes, de Antorcha Siete. Séptimo pelotón, cuarta división de infantería. Estamos en el crucero de batalla Scion, en órbita de estacionamiento alrededor del planeta Vygoire. Esto es un informe y un parte médico. La versión corta: está bastante mal.*

—*¿Cómo de mal?*

—*Lo bastante como para que tal vez debamos matarlo para conseguir lo que necesitamos.*

—*Intentemos evitarlo. Pero si es necesario...*

—*Bueno. Sigamos con el informe. Voy a administrarle una inyección. Lo despejará el tiempo suficiente para que podamos averiguar qué ocurrió. Vamos allá. Con esto debería bastar. Por ahora.*

* * *

Caímos sobre Vygoire como si supiéramos que el planeta se iba a revolver, directamente desde las naves de evacuación como dictan las normas, de dos en dos y con un intervalo de un segundo, al estilo de Antorcha Siete. El terreno era selva, selva y más selva, con algún que otro claro o la marisma ocasional en el recodo de un río. Formamos en una de esas marismas y recibimos los mapas e informes meteorológicos más recientes del *Scion*. Precisión absoluta. El complejo del laboratorio estaba a medio *click* del río a través de la selva. —Suéltenos la lección, sargento —dijo uno de mis chicos listos.

Creo que soy el único del pelotón al que no le han trasteado el cerebro. Los chicos están siempre dándome la lata con eso, como si me hubiera unido al ejército para andar con maleantes. Una vez estábamos en Mar Sara y me puse a hablar sobre su historia, solo por matar el tiempo. La unidad decidió que yo era un profesor porque una vez leí otra cosa que no fuera un manual sobre armas. Ahora se portan a veces como un puñado de críos. Cuéntanos esto, cuéntanos lo otro, qué es aquello, de dónde viene eso.

A mí no me importa, mientras me sigan haciendo caso cuando les doy órdenes. Y así es. Ellos son veintisiete y yo uno solo, pero en Antorcha Siete todos saben quién manda. Y el que manda es el jodido sargento Doakes.

No tenía ninguna lección acerca de Vygoire. Lo único que sabía era el informe que todos habíamos recibido. Distante, recién descubierto, invadido por el Enjambre tres años antes. Despejado dos años después. En la actualidad alberga una única instalación científica, con un personal de unos cien miembros. El lugar había cobrado interés porque dicho laboratorio había dejado de responder a las comunicaciones rutinarias desde hacía casi seis meses.

Teníamos imágenes orbitales del planeta donde no aparecía rastro alguno de biomateria. Los ojos que teníamos plantados en el cielo mostraban imágenes más cercanas del complejo donde se apreciaban algunos desperfectos, pero parecían provocados por causas naturales. El laboratorio se encontraba en la base de una colina, y la ladera que había cerca de los edificios dañados dejaba una gran marca en la vegetación. Parecía un desprendimiento de tierra y esa era la teoría por la que nos guiábamos.

Una vez allí, no teníamos motivos para pensar que se tratara de otra cosa. Junto a las paredes derruidas de los edificios dañados se amontonaban rocas y barro de la colina, así como troncos de árboles. Llovía a cántaros y no era difícil suponer que los desprendimientos eran bastante habituales

en las zonas selváticas de Vygoire.

El complejo de laboratorios englobaba seis edificios, con al menos dos niveles subterráneos que conocíamos por los esquemas suministrados en el informe de la misión. El edificio más cercano a la colina era una ruina total. Otros dos estaban maltrechos parcialmente, pero sus techos habían aguantado. Los otros tres estaban intactos. Toda la zona estaba cercada, con una puerta para tráfico rodado al sudoeste. Una carretera de dos carriles se adentraba en la selva. La superficie total debía de ser de poco menos de una hectárea. Cerca de la puerta había una instalación de radar y misiles aún funcional, con una torre de comunicaciones acoplada.

Procedimos con protocolos de reconocimiento urbano estándares, despejando el complejo edificio a edificio y sala a sala. Puse a Milner y Jouvart a la cabeza de los equipos de tiro que iban delante, moviéndose de estancia en estancia mientras el resto avanzábamos en formación de apoyo. Nos manteníamos juntos porque no sabíamos qué estábamos buscando. Al cabo de poco tiempo estábamos convencidos de que el laboratorio estaba desierto, pero no desde hacía mucho. Había corriente y algunos de los procesos automatizados seguían en marcha. Al menos en las partes que no estaban derruidas. No sé a qué se dedicaban allí. Echamos un vistazo a los terminales centrales y encontramos algo acerca de un proyecto de investigación. Trataba sobre una planta vulgar que producía cierta clase de espora psicoactiva.

La otra cosa que vimos por todo el laboratorio eran unas pintadas extrañas: dos líneas curvas que se cortaban más o menos a la altura de dos tercios de ambas. Como paréntesis que hubieran caído el uno sobre el otro. Estaban dibujadas en escritorios, rayadas en las paredes... En un par de sitios las vimos pintadas con algo que parecía sangre, pero en esa primera batida no nos detuvimos a analizarlas.

Había restos humanos en dos de los edificios, ambos junto a la ladera. Contamos cuatro grupos de restos, pero era casi imposible estar seguros porque estaban muy desperdigados.

* * *

—*Mire lo que dice. La inyección lo ha convertido en un robot.*

—*Mejor así que la forma como deliraba antes, ¿no?*

—*Usted es la doctora, Langridge. Manténgalo con vida y haga que siga hablando. Hay muchas partes interesadas aguardando los resultados de esta misión.*

* * *

Había un camino que iba del lado norte del complejo hacia la selva. Lo seguimos y hallamos pruebas del reciente pasado de infestación zerg en Vygoire. Aquí había tenido lugar una batalla. Aún se podían ver fragmentos de armaduras y un alacrán estrellado en la vegetación que había rebrotado. Por lo visto nuestros chicos estaban abriendo un camino a través de la selva —el camino en el que nos encontrábamos— y salieron zerg de todas partes entre la espesura. Tuve un pequeño *flash-back* de cómo debió de haber sucedido.

Jouvart se había adelantado e informó de que el camino llegaba a una quebrada a unos cien metros por delante del escenario de la batalla. Nos retiramos al perímetro del complejo de laboratorios, cerca de

la puerta, y realicé una llamada rápida al *Scion* para informar de la situación. Además supuse que si el personal del laboratorio se ocultaba en algún lugar, usaría su propia frecuencia para comunicarse, así que ordené a Hamzi que nos conectara a la torre de comunicaciones. Mientras esperábamos a que completara la conexión para probarla, nos levantamos todos los protectores faciales. Nuestras Rips — que es como llamamos los soldados a las UMNRIIP, Unidades Manuales de Navegación y Recopilación de Información Personales— indicaban que el aire era respirable y que no había microorganismos o compuestos peligrosos. Vygoire comenzaba a tener muy buena pinta. Atmósfera respirable y sin zerg. Debía de haber muchísimos recursos para que una selva así pudiera crecer ahí. «*Dentro de cien años*» —recuerdo que pensé—, «*será la capital de este sector en cuanto los grandes industriales manden gente aquí a realizar prospecciones y vean lo que se estaban perdiendo*».

—Atención, personal de la instalación científica de Vygoire: habla el sargento Norwood Doakes del ejército del Dominio—dije—. Si reciben este mensaje, respondan, por favor.

Nada. Repetí el mensaje y esperé.

—Están muertos —dijo Milner.

—¿Y qué los ha matado? Yo no he visto nada más grande que mi guante —dijo Jouvvert—. Y los zerg fueron erradicados hace ya un año.

Interrumpí la llamada y dije: —Eso es lo que hemos venido a averiguar.

Nada en el informe de misión sugería que la fauna autóctona de Vygoire fuera algo de lo que preocuparse. Era un ecosistema de nivel pérmico, solo helechos e insectos. Pero algo les había ocurrido a los científicos. Contacté con el *Scion* para ponerlos al corriente de lo que habíamos encontrado.

—Crucero de batalla *Scion*. Informe, sargento Doakes.

—No hay mucho de qué informar, *Scion*. El complejo de laboratorios está desierto. Vygoire no presenta formas de vida avanzada, ¿correcto?

—Correcto.

—Y los zerg fueron erradicados.

—Correcto.

—¿Seguro que no tienen señales de biomateria en ningún sitio?

—Negativo. Vygoire está limpio.

—Entonces seguimos con el reconocimiento —dije—. Volveré a llamar cuando hayamos localizado al personal del laboratorio y necesitemos una extracción.

—No hace falta que se den prisa, Antorcha Siete. Vamos a salir de este sistema por un redesplicue de emergencia en misión de escolta.

—¿De cuánto tiempo hablamos, *Scion*? Solo llevamos provisiones para hacer un reconocimiento inicial y regresar.

—De corta duración. Les notificaremos cuando hayamos vuelto al sistema y podamos realizar una extracción. Disfruten de sus vacaciones, Antorcha Siete. Cambio y corto.

—"De corta duración" —dijo Jouvert cuando ya me había despedido—. Más vale que nos pongamos a construir casas. Sargento, usted puede ser el maestro de escuela.

* * *

La versión del informe de campo que redacté fue un tanto más formal, adjuntando las notas de investigación sobre las esporas. Nuestras Rips no detectaban nada peligroso, pero tengo por norma que cuando no sepas qué es importante lo incluyas todo.

Dado que no recibíamos ninguna respuesta por parte del personal científico, volvimos al modo de reconocimiento. Había un sendero visible que bajaba por la quebrada. Lo seguimos. Abajo del todo había un espacio despejado. En medio crecía el tronco de un árbol con el símbolo de las líneas curvas grabado. Era uno de los árboles más grandes que hubiera visto jamás, incluso con sus ramas más bajas partidas y con los boquetes enormes que habían abierto en el tronco. A su alrededor había surcos y hendiduras que parecían indicar que algo realmente grande había estado haciendo acrobacias. También había trocitos de lo que sin duda eran restos humanos.

—Ya lo decía yo: están muertos —dijo Milner.

—Algunos. —El personal de laboratorio al completo ascendía a un centenar o así. No podía hacer una estimación precisa de cuántos conjuntos de restos habíamos encontrado, pero ni mucho menos se acercaba a esa cifra. Aun así, algo los estaba matando.

La parte táctica de mi cerebro había estado procesando el terreno desde el extremo del complejo de laboratorios hasta donde estábamos. Eché un vistazo alrededor para hacerme una idea más completa. Apenas más allá de una hilera de árboles en el extremo sur del claro podía ver agua, lo que parecía un lago de dimensiones considerables. El riachuelo que bajaba por la quebrada iba a parar allí. Los lados norte y este del claro terminaban en unas cuestas empinadas y de vegetación muy densa. En lo alto de la quebrada, el complejo de laboratorios estaba más o menos a medio *klick* al oeste-noroeste.

En el lado del claro opuesto al fondo de la quebrada, otro sendero desaparecía en la penumbra de la selva. Este parecía bordear el lago y, a juzgar por cómo se elevaban los árboles al otro lado, era la única forma de llegar al claro desde dondequiera que llevara el camino. El sendero en sí era lo bastante grande para que pudieran pasar por él seis soldados con una armadura CMC andando todos unos junto a otros, y los árboles a cada lado estaban dañados. Algunos de los más pequeños estaban arrancados de raíz o partidos a dos o tres metros del suelo. Ramas recién rotas colgaban aún rezumando savia. Envié a Chen a echar un vistazo más de cerca, y regresó diciendo que había huellas. Huellas enormes. De cuadrúpedo, dijo. Recuerdo esa palabra porque acababa de pronunciarla cuando oímos el rugido.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Jouvert. Antorcha Siete adoptó posiciones de combate, armas en ristre, separación de cinco metros, todo lo habitual.

Entonces sucedió algo que no cobraría sentido hasta más tarde. Uno de mis hombres se puso como loco. Comenzó a gritar coordenadas incomprensibles, agitó su gauss y se fue como una bala por el claro en dirección al sonido. Decía algo sobre dioses, pero no sé a qué dioses se refería.

Creo que también dijo las palabras *El Grande*, pero en aquel momento no supe por qué.

Y tampoco tuve tiempo de pensar debido al ultralisco que salió como una exhalación de la selva, directo hacia nuestra formación.

Si alguna vez han visto un ultralisco... Es más grande que un maldito tanque, más ruidoso y más rápido. Es tan alto como cuatro soldados con armadura, y tan largo que en la selva puedes estar enfrentándote a su parte frontal sin haber visto aún la parte trasera saliendo de entre los arbustos. Tiene dos pares de guadañas donde irían las alas en un dragón. Se llaman cuchillas káiser; el porqué no lo sé, pero he visto lo que pueden hacer. Cortan el blindaje de una armadura como si fuera papel de aluminio. A un ultralisco puedes vaciarle encima un C-14 hasta que el cañón se derrita, y solo conseguirás enfurecerlo. Rectifico: enfurecerlo más. Ya están enfurecidos de por sí. Los ultraliscos se levantan enfurecidos y hambrientos. Cuando han acabado de rajarte, pisotean los cachos que aún te quedan hasta que estás muerto del todo.

Era la primera vez que veía uno. Había hecho todas las simulaciones y visto todos los archivos, pero nada hace justicia a estar en presencia de esa cosa. Lo primero que piensas cuando ves un ultralisco es: *A esto no lo mato ni de coña*.

Le dimos con todo lo que teníamos, y ni siquiera lo frenamos. Mientras disparábamos, yo gritaba órdenes, procurando poner a Antorcha Siete a cubierto con lo poco que había e intentando adivinar cómo se podía luchar con algo así con armas pequeñas en terreno abierto. La respuesta es que no se podía.

Singh perdió las piernas y luego la cabeza antes de que el ultralisco hubiera entrado del todo en el claro. Luego le tocó a Morrison, ensartado en la punta de una de las cuchillas y arrojado a la maleza con la armadura abierta y desparramándose por ella. En ese instante dejé de fijarme en los detalles. Antorcha Siete había tenido un treinta por ciento de bajas antes de que su entrenamiento se hiciera valer y adoptara la única formación que tenía sentido: una retirada con fuego de cobertura para salir pitando de allí. Retrocedimos por la quebrada hasta que se estrechaba lo suficiente para que el ultralisco apenas pudiera pasar. Él se detuvo y nosotros seguimos disparando, comenzando a hacerle algo de daño al fin cuando una punta aquí y allá encontraba una junta o una grieta en su caparazón.

Entonces retrocedió desde la quebrada hacia el claro, rugiendo aún por encima del sonido de nuestros C-14, y se dio la vuelta para volver con gran estruendo por donde había venido. Fue en ese momento cuando vi que Twohy, que nos había metido en este fregado, estaba debajo de un tronco que el ultralisco había derribado en su carga inicial. El ultralisco ni lo vio, pero le aplastó toda la parte superior del cuerpo al pasar por ahí de regreso a la selva. Parte de Twohy salió disparada de debajo del pie como ketchup saliendo a chorro de un bote reventado en el economato. Dejó en el suelo revuelto una salpicadura curva de tonos rosa y rojo.

Fue entonces cuando las pintadas cobraron sentido de repente. Eran una advertencia. Al menos eso fue lo que pensamos en aquel momento. Las líneas curvas cruzadas eran cuchillas káiser.

Mi comunicador no hacía más que emitir ruido. Todo el mundo farfullaba, y detrás de todo ello retumbaba una extraña sensación, una furia ciega e irracional que jamás se podría aplacar. He estado en muchos campos de batalla y he matado a muchas cosas, pero nunca en toda mi vida había querido matar solo porque sí hasta entonces. Sabe a qué me refiero, ¿no, Vera? Usted estaba allí. Sé que dijo que a usted no la afectó, pero no me lo creo, está en todas partes, no se puede escapar...

* * *

—*Ya empieza a delirar otra vez. ¿Es demasiado pronto para ponerle otra inyección?*

—*Usted sabe más que nosotros sobre las esporas. Usted dirá.*

—*No sé mucho más. Supongo que daño no le hará. Es un soldado.*

—*Sí, pero no es uno de los ogros lobotomizados con los que solemos tratar.*

—*Es un soldado. Póngale la inyección.*

* * *

¿Qué?

Nosotros creíamos estar en una misión de rescate. Formamos, hicimos lo que pudimos por los heridos y pedimos evacuación para los muertos.

La llamada de recuperación fue denegada a pesar de que el *Scion* iba a volver al sistema en cuestión de horas. Dijeron que el *Scion* no estaba preparado para maniobras atmosféricas, y que no iba a venir ninguna nave de evacuación hasta que nos hubiéramos encargado del ultralisco o este estuviera de vacaciones en la otra punta del planeta. —Un ultra puede partir por la mitad una nave de evacuación —fue el sucinto resumen del oficial de comunicaciones—. Informe de nuevo cuando lo hayan eliminado.

Me cago en todo. Esa fue mi astuta reacción, producto de mi esmerado entrenamiento.

Lo dije en voz alta cuando nos atacaron otra vez.

En esta ocasión no era el ultralisco. De entre los árboles que nos rodeaban comenzaron a salir lanzas, algo casi tan sorprendente como el ultralisco. ¿Quién diablos usaría lanzas contra soldados con trajes CMC? Lo peor que podía pasar era que te pitaran los oídos cuando una de ellas te rebotara en el casco. Abrimos fuego de contención y mandé abajo a cuatro hombres para que se ocuparan de cualquiera que fuera la forma de vida nativa que nos estaba usando para prácticas de tiro.

Volvieron con tres humanos ataviados con unos andrajos que anteriormente fueron batas de laboratorio. Dos hombres y una mujer. Los tres delirando acerca de algo a lo que llamaban el Grande, que no era muy difícil de deducir. Pero los hombres estaban también en estado de pánico porque le tenían terror al doctor.

¿Y quién era el doctor?

—¡Van Rijn! —exclamó uno de ellos. Estaba completamente ido, echando espumarajos por la boca, con las venas de la frente a punto de estallarle. Se había mordido la lengua mientras los soldados lo traían, y casi me dieron ganas de pegarle un tiro para que se callara. Pero ese no es el tipo de ejemplo que quiero dar a mis hombres. O sea, puede que les hayan hurgado el cerebro, pero no son animales. Al menos no la mayor parte del tiempo.

—¿Quién es van Rijn? —pregunté.

—¡El doctor! ¡Tenemos que volver para poder ser los siguientes!

—¿Los siguientes en qué?

—¡Los siguientes para el Grande! —gritó el prisionero, salpicándolo todo de saliva ensangrentada. Yo había abierto mi visor para interrogarlo, y lo lamenté.

Di un paso atrás. —¿Trabajaba usted en el laboratorio? ¿Con el doctor?

Uno de mis suboficiales, el cabo Blodgett, dijo: —Según nuestra información, Gerhardt van Rijn era el director. Y, Sargento, ¿qué me dice de Twohy?

—¿Qué pasa con él?

—Eso de echar a correr por la quebrada, disparándole a los árboles y gritando.

Vi por dónde iba. Twohy se había vuelto tarumba y se había ido directo hacia las cuchillas del ultralisco. Ahora teníamos a tres ratas de laboratorio que parecían querer hacer lo mismo, si eso era lo que querían decir con lo de "los siguientes para el Grande".

Aquí pasaba algo muy fuera de lo normal.

—Llévennos hasta él —dije.

La mujer, que no había dicho una palabra hasta ese momento, habló. —Espere. ¿Está usted al mando?

—Está al mando —dijo Blodgett.

Avanzó hacia mí, pero se detuvo cuando la acción provocó que seis C-14 apuntaran hacia ella. —Tengo que hablar con usted —dijo.

—Hable —dije yo.

—A... a solas —dijo. Parecía asustada, pero no de mí—. Por favor.

Algunos de los hombres se rieron. Yo sabía en qué estaban pensando, pero ni me molesté en hacerles caso. —Venga aquí —dije, y me la llevé un poco más allá—. De acuerdo. Hable.

—Me llamo Vera Langridge —comenzó.

—Vale, Vera Langridge.

—Yo era uno de los jefes de investigación en el centro. Estábamos estudiando las repercusiones de la biomateria zerg en un ecosistema.

—Ajá.

—Entonces fue cuando descubrimos lo de las esporas.

Tardé un momento en pillarlo. —¿Las esporas que se mencionan en los informes de laboratorio?

—¿Los ha visto?

—Registramos el laboratorio antes de bajar aquí. ¿Qué pasa con ellas?

Vera echó la vista hacia sus dos colegas, todavía rodeados de soldados y parlotando acerca de que tenían que volver con el doctor y ser los siguientes. —¿Usted no lo entiende! —le dijo uno de ellos a un soldado que no parecía tener el menor interés en entender.

—Yo soy inmune a ellas.

—¿Inmune? —La palabra desencadenó una serie de asociaciones en mi cabeza. —¿Qué es lo que hacen?

—Aún estoy intentando averiguarlo, pero... oh, no. Usted y sus hombres. ¿Han estado con los protectores faciales levantados desde que están aquí?

Tuve que pensarlo. —Sí.

—Entonces también están infectados.

* * *

—*Seguramente usted también lo esté ahora, doctora.*

—*No, mi inmunidad ha aguantado hasta ahora. Me hago pruebas cada hora.*

—*Aun así vamos a estar todos en cuarentena hasta que el mando tenga un análisis completo. Tal vez incluso después del análisis, según lo que salga.*

—*Es una medida prudente. Tenemos a Doakes como sujeto afectado por las esporas, y a mí como sujeto no afectado. Hasta que el motivo no esté claro, yo también nos pondría a todos en cuarentena.*

—*Pues dese prisa en averiguarlo.*

* * *

No hay una palabra del diccionario que odie más que *infectado*. —¿¡Infectados con qué! —le grité a Vera.

—Es solo un término técnico —dijo ella—. No tiene por qué significar nada necesariamente.

—*Muertos* también es un término técnico. Y significa algo. Dígame, ¿qué es esa maldita espora, y qué hace? —Estaba pensando en la extraña sensación que había tenido al final del tiroteo, como una alucinación pero más intensa. Una puerta, me había parecido, a una consciencia tan ajena que no podía siquiera llamarlo consciencia... ¿Se debía eso a las esporas? ¿Estaba ya infectado? Aún podía sentirlo, un poco, como si un espacio nuevo se hubiera abierto en mi mente, pero con otra cosa que no era yo viviendo en él. Esto le daba un giro totalmente nuevo a la misión.

—No estoy del todo segura —dijo ella.

—Sargento —dijo Haddawy. Aparté la vista de Vera para mirarlo y vi que mientras me daban la noticia de que todos estábamos infectados por las esporas, se había presentado el personal del laboratorio. Formaban un grupo disperso, todos con variaciones del conjunto de bata de laboratorio hecha jirones que habíamos visto en Vera y los otros dos. En el centro del grupo estaba la única

excepción. Era alto y tenía más pelo en la cara que en el resto de la cabeza. Su bata blanca estaba en bastante buen estado. Y se había grabado en la frente el símbolo de las curvas cruzadas. La cicatriz destacaba entre las arrugas, rosada e hinchada como si se hubiera frotado con algo la herida inicial para asegurarse de que no se curaba como debía.

—Soy Gerhardt van Rijn —dijo—. Ustedes son intrusos y no son bienvenidos. Váyanse de Vygoire de inmediato.

—En cuanto tengamos lo que hemos venido a buscar —dije.

—Que es...

—Usted —dije—. Y los demás.

—Imposible —dijo van Rijn—. Ahora estamos aquí por el Grande. Devuélvame a mis tres...

—No. Si usted no quiere venir, es cosa suya. Pero tengo soldados heridos, y voy a subirlos y a sacarlos de aquí antes de que el ultralisco vuelva. Si quieren servir de almuerzo a esa cosa, allá ustedes.

—¡No lo entiende! El Grande está aquí por nosotros, no nosotros por él. Uno a uno nos volvemos parte de él, según los méritos de cada uno. —Van Rijn levantó la barbilla y se puso una mano abierta en el pecho—. Yo, por supuesto, solo me uniré al Grande en cuanto el resto de mis niños haya hecho el viaje.

—Este tío está pirado —dijo Haddawy, lo bastante fuerte para que todos lo oyeran. Levanté una mano para pedir silencio, pero van Rijn ya lo había escuchado.

—Pronto lo entenderás —dijo—. Encontrarás al Grande.

—¡No! —gritaron algunas de las demás ratas de laboratorio—. ¡Él primero no!

—Paciencia, niños —dijo van Rijn con una risita—. El Grande tardará en regresar. Tiene que hacer su propia comunión.

Supuse que lo que estaba diciendo era que el ultralisco también se había visto afectado por las esporas cuando volvió a salir de la selva.

Sigo sin poder decidir si se los estaba comiendo o no. Según nuestros materiales de adiestramiento, el Enjambre había creado al ultralisco a partir del brontolito, que era herbívoro. Pero he visto al ultralisco tragarse trozos de mis soldados. Tal vez fuera por accidente, pero no creo. Tampoco creo que el denominado Grande estuviera contento con lo de zamparse a los sectarios uno a uno. Quería un banquete en toda regla y cuando volvió a emerger de entre los árboles casi se dio uno.

Los científicos, o sectarios, o lo que fueran, salieron a todo correr. Antorcha Siete se movió como un solo organismo, atacando, moviéndose y saliendo también a todo correr hacia la maleza.

Esta vez el ultralisco fue a por ellos, y a por nosotros. Sus cuchillas se abrían paso entre la selva, segando grandes porciones de árboles y matorrales mientras se abalanzaba hacia los sectarios. Atrapó a uno de ellos e hizo una pausa, despedazando a su víctima en más trozos de los que pude contar. El aire alrededor era una tormenta de hojas y sangre, y de flores arrancadas que reflejaban la luz solar

que se filtraba a través del dosel de la jungla. No disparamos por miedo a alcanzar a demasiados sectarios, pero si tuviera que hacerlo otra vez me los cargaría a todos.

Ni siquiera tras una víctima reciente, o plato reciente —¿o comunión?— se detuvo el ultralisco. Levantó la cabeza y vio, o sintió, a los dos científicos, los que habían sido nuestros prisioneros, peleándose por el derecho a ser viviseccionados, sin haberse movido de donde los dejamos. Les dio el gusto a ambos, con sus cuchillas káiser cuarteándolos en una rápida sucesión de tajos que dejó cachitos y tiras de sus cuerpos colgando de rugosidades del caparazón de la bestia.

Y que me aspen si la cabeza no me comenzó a dar vueltas de nuevo, como si hubiera voces dentro... y al mismo tiempo el ultralisco se puso a sacudir la suya. No como si atacara a algo, sino como si intentara despejársela.

Todos los colonos se habían parado en seco. Algunos lloraban; algunos se habían dejado caer de rodillas. Por encima de todo llegó la voz de su gurú.

—¡No, no, no! —gritaba van Rijn—. ¡De uno en uno!

—Antorcha Siete —dije por el comunicador abierto—, mientras el ultra se toma su aperitivo, nosotros nos vamos. Reunión en el complejo de laboratorios, volando.

Era difícil articular palabras con el galimatías de voces en mi cabeza, y por la extraña sensación de que estaba experimentando cosas que en realidad no estaban sucediendo. Tenía un regusto a sangre a pesar de no estar herido. En aquel momento no había tiempo de pensar en eso porque iba a toda hostia por la selva hacia la quebrada, pero ahora parece... Un momento. Vuelvo a sentirlo.

* * *

—No, no. No le ponga otra inyección aún. Esto tenemos que observarlo.

—Está delirando.

—Está en comunión, Comandante. Es lo que hace la espora.

—¿En comunión con qué?

—Ahora mismo con nada, porque no hay nada con lo que estarlo. Está en cuarentena. Por eso delira.

—Así que si había otros infectados por la espora...

—Sí. Incluido, como él dice, el ultralisco mismo. Y por extensión, el resto de los zerg. ¿Ve por qué esto es tan importante?

* * *

Informando. Informando. Aquí el sargento Norwood Doakes de Antorcha Siete, informando desde el Grande... ¿Qué?

¿Qué?

Vale. El laboratorio. Nos replegamos en el complejo de laboratorios e hicimos un recuento de personas tras bajar a los últimos niveles subterráneos.

Algunos de los científicos vinieron al edificio, espaciados y marchando al unísono como en algún tipo de procesión formal. A la cabeza iba van Rijn. Ninguno de ellos tenía aspecto de haber acabado de escapar apenas de la muerte a manos de un monstruo zerg. Estaban tranquilos. Se movían de una forma acorde. Me hicieron pensar en lo que Vera había dicho acerca de la comunión.

—¿Qué demonios le ha hecho a ese ultralisco?

—¿Yo, alterar al Grande? —preguntó van Rijn con sorna—. Imposible. Es como es. Queremos ser parte de ello. Cuando nos unimos a ello, todos experimentamos la comunión durante un instante. Pero debemos hacerlo de forma individual. Cuando son dos o más los que van a la vez hacia el Grande, las impresiones son confusas. La experiencia no es pura. —Me sonrió como si yo fuera solo un niño que estuviera asimilando una lección—. Tal como usted ya ha descubierto.

—¿Cómo lo sabe?

Van Rijn se dio unos toquecitos en la sien. —Lo sentí. Igual que usted. —Luego su actitud cambió, volviéndose altiva y severa—. La presencia de todos ustedes ha irritado al Grande. Su apetito ha perdido toda pauta.

Lo que quería hacer era dispararle. En vez de eso, dije: —No creo que los ultraliscos se distingan por un apetito delicado. Comienzan a atacar sin sentido alguno y a partir de ahí van a peor.

Él resopló. —Eso es lo que usted cree, porque su primera experiencia ha sido muy confusa. Es culpa suya, pero no se le puede reprochar que piense lo que piensa. Nosotros, sin embargo —continuó mientras extendía los brazos para englobar a sus seguidores—, entendemos la pureza de la comunión. Y las dos lunas están a punto de reunirse. Así que saldremos de nuevo en su busca.

Sin decir otra palabra, los científicos salieron desfilando tal como habían venido.

—Vera —dije—. ¿Dos lunas que se unen?

—Habría observado que Vygoire tiene dos satélites —dijo ella. De hecho sí que lo había notado, pero no me pareció inusual—. Una de ellas orbita más deprisa que la otra, y parecen confluir una vez cada veintitrés días. Es entonces cuando van Rijn inicia el ritual.

O sea que no era inusual a menos que hubiera esporas. —¿Y eso es hoy?

Ella asintió con la cabeza. —Bueno, esta noche.

Me resultaba difícil de creer que el ultralisco estuviera por ahí esperando a que transcurrieran los veintitrés días. —¿Qué hacen mientras tanto?

—Esconderse —dijo. Y con un estremecimiento añadió—: Muy juntos. Al parecer las esporas tienen un efecto sobre las partes del cerebro que predisponen a los seres humanos a un comportamiento ritual.

—¿Hay partes del cerebro que hacen eso? —se extrañó Haddawy.

—Se sorprendería —contestó Vera—. Las esporas actúan sobre ellas, y eso, junto con la forma como

crean vínculos mentales... es imprevisible pero muy poderoso.

—Vale. Ya basta. ¿Y tenemos que rescatar a estos chalados? —refunfuñó Jouvvert—. No quieren que los rescaten. Ahora es cuando llamamos a las naves de evacuación y miramos cómo tiran las bombas nucleares. ¿No, Sargento?

—Aún no —dije—. No podemos pedir una evacuación si hay un ultralisco por la zona. El *Scion* no puede descender a la superficie. ¿Queréis fiaros de su precisión desde la órbita? No nos servirá de mucho que le tiren una bomba nuclear al ultra y nos pille en medio.

Se produjo una breve pausa en la que los soldados supervivientes de Antorcha Siete se pusieron a estrujarse las meninges y llegaron a la conclusión a la que sabía que llegarían. —O sea que si no nos cargamos al ultralisco, de aquí no nos vamos —dijo Iger.

—Básicamente es eso, chicos —dije yo.

—Me cago en todo. —Esta vez fue Haddawy.

* * *

—Ya lo ha oído de primera mano, por así decirlo. Un testimonio directo. ¿Cuánto más vamos a esperar?

—Lo que haga falta. Esto podría cambiarlo todo.

—En mi opinión habría que arrasar todo el lugar con bombas nucleares. Científicos o no, con cuarentena o sin ella.

—Ni hablar. Esto es demasiado bueno para dejarlo pasar. No es un organismo zerg, pero puede controlar a los zerg. ¿Entiende lo que eso significa? Por no hablar de las aplicaciones en tácticas para unidades reducidas y sabe Dios qué más.

—Muy bien, Dra. Langridge, pero si quiere que le exponga esto al mando necesitamos el resto del informe de Doakes. Y rápido.

—Entendido. Los paquetes de estimulantes normales ya no están surtiendo efecto. Tendremos que probar algo un poco experimental.

—Pruebe lo que tenga que probar, mientras funcione.

* * *

—Vale —dije—. Este es el plan.

Sabía que una instalación como esta tendría tanques de vespeno comprimido como fuente de energía. Y sabía que algunos de mis soldados supervivientes eran buenos mecánicos, a pesar de sus otros defectos en el ámbito social y delictivo. Así que lo que decidí fue convertir esos depósitos en una bomba, poner la bomba en el cuello de botella que había en la base de la cuesta rocosa, donde giraba hacia la quebrada, y tirarle toda la maldita colina encima al ultralisco la próxima vez que fuera a por nosotros desde el claro.

Tardamos menos de dos horas en sacar los tanques de vespeno y conectarlos a un par de granadas y a una Rip reconvertida en detonador a distancia. Luego nos fuimos y un equipo colocó los tanques en una grieta justo en la base de la quebrada, debajo de una roca saliente que tenía grabado en su cara el glifo de las cuchillas káiser. Si la bomba y el desprendimiento no mataban al ultralisco, al menos tendría que trepar a por nosotros en vez de cargar por una superficie plana. Nuestro único problema era van Rijn. Él y sus "niños" nos estorbaron todo el rato, tumbándose delante de la quebrada e intentando formar cadenas humanas. Los apartábamos sin demasiada complicación, pero tuve que rechazar lo menos un millón de peticiones formales de tirotearlos a todos para que pudiéramos seguir con lo de liquidar al ultralisco.

—Grande —salmodiaban—. Grande, vamos hacia ti.

El ultralisco estaba desaparecido. —¿Adónde va? —se preguntó Haddawy.

Jouvert resopló. —¿Qué más da?

Eso venía a ser todo.

Ninguno de mis soldados se había abierto el protector facial desde que oímos lo de las esporas. Veíamos lo que una exposición prolongada les había hecho a los científicos. Le pregunté a Vera al respecto. —Una exposición continua podría afectar de forma más intensa o no —dijo—. No he tenido tiempo de estudiarlo.

Los sectarios también la querían con ellos, por lo menos van Rijn. Le echaba miradas desde el centro del grupo de ratas de laboratorio después de que yo hubiera ordenado a cuatro soldados que los apartaran y montaran guardia. En su mirada se apreciaba deseo, decepción y curiosidad, todo a la vez. No era de extrañar que ella no quisiera volver.

—Todo listo —informó Haddawy—. Ya solo nos hace falta un ultralisco.

—Eso es cosa mía —dije.

Mi idea era que si el ultralisco estaba acostumbrado a que hubiera alguien atado al poste para cualquiera que fuera el ritual que van Rijn se había inventado, sería consciente de ello en cuanto sucediera. Por las esporas, ¿saben? Puede que incluso hubiera llegado a una sincronización con ellos y respondiera a algún tipo de condicionamiento pavloviano. Así que lo que yo iba a hacer era bajar; el ultralisco vendría corriendo y yo saldría de ahí echando leches hacia la quebrada. —No tiene por qué hacer eso, Sargento —dijo Jouvert.

—No aceptaría a nadie más como voluntario —dije—. Lo hare yo.

Y así lo hice. Bajé solo por la quebrada, me fui derecho al centro del claro, repleto de jirones y pedazos de mis soldados muertos, y apoyé una mano en el poste. Y esperé. Podía oír a los colonos gritar y salmodiar ahí arriba, y lamenté un poco no haberlos liquidado a todos. Cuando miré al cielo, pude ver las dos lunas, tocándose apenas.

No tardó mucho. Primero tuve una sensación, un aumento de adrenalina, y luego el subidón psicológico que te da cuando sabes que tienes la delantera y vas a asestar el golpe definitivo. El pulso se me desbocó y comencé a sudar. Quería abrir mi protector facial, pero me contuve a duras penas.

Lo oí rugir antes de verlo. Sentí el impacto de sus pisadas acercándose a través de las suelas de mi

traje CMC. Pero esperé. En parte porque sabía que era necesario que me persiguiera, pero también porque estaba sintiendo la comunión. Oía las salmodias de los chiflados de van Rijn en mi cabeza, y el rugido del ultralisco me parecía la llamada de un dios.

Entonces salió de la selva al claro como una centella y me espabilé en un santiamén.

Yo también corrí como un cohete. Cuando pasé junto a la bomba de vespeno, grité fuerte: —¡Ponedla a diez segundos! ¡Repito, diez! —Luego me deslicé por el suelo de gravilla, pasé chapoteando por la parte menos honda del arroyo que corría por la quebrada y establecí algún récord mundial de escalada con armadura de soldado.

Le llevaba mucha ventaja al ultralisco cuando comencé a correr. Ahora lo tenía tan cerca que, si aminoraba para mirar por encima del hombro, iba a ser lo último que hiciera. Estaba seguro de sentirle el aliento en el cogote, pero eso podía ser un efecto de las esporas de comunión. Mis hombres empezaron a disparar desde sus posiciones en la parte alta de la quebrada; los había situado atrás para que la explosión no los arrastrara en un alud. Las puntas de C-14 mantienen bastante bien la velocidad de salida durante unos cuantos cientos de metros, y oí impactos en la piel del ultralisco.

¿Saben qué es lo más absurdo? Casi tenía ganas de pararme. Seguía oyendo eso de "Grande, Grande, Grande..." y deseaba la comunión.

Pero la onda expansiva de la detonación volatilizó ese deseo. Y a mí me hizo caer de bruces, lo bastante fuerte como para descantillarme el protector facial. Me puse en pie enseguida y seguí corriendo hasta que a mi alrededor dejaron de caer piedras y trozos de árboles. Entonces, me giré justo cuando una nube de humo llegaba desde la quebrada e impedía ver nada. —Antorcha Siete, informe —dije—. ¿Quién tiene observación visual?

—¿Ahora? —dijo Haddawy—. Nadie. Déjeme probar... Sí, los infrarrojos captan señales térmicas débiles ahí abajo, pero seguramente son rocas que se están enfriando tras la explosión.

—¡El ultralisco, soldado! No me interesan las piedras —dije.

—Lo sé, Sargento. Vale. El ultralisco... No sé... —dijo—. No lo capto, pero al fin y al cabo los zerg nunca dan una buena señal térmica.

Se había puesto a llover. Tardé un poco en darme cuenta, y la brisa que acompañaba al frente tormentoso se estaba llevando el humo. —Esperad —le dije al pelotón, y yo también esperé, mirando desde arriba de la quebrada mientras el humo se dispersaba.

La explosión había derrumbado por completo un tercio de la parte inferior de la quebrada. De no haber tenido los protectores faciales bajados, nos habría reventado los oídos incluso a trescientos metros de distancia. Los ecos resonaban aún un tanto mientras lo que quedaba del humo se disipaba bajo la lluvia. No veía al ultralisco ni movimiento alguno.

Acabé de subir hasta donde el resto de Antorcha Siete tenía una posición, justo en la punta de la quebrada. Desde ahí no se podía ver el punto en el que había estallado la bomba de vespeno. —Jouvert —dije—. Echa un vistazo.

Jouvert se fue hasta el primer saliente a mano derecha. Tanteó el saliente por si la explosión lo había aflojado y luego se puso encima. Podía verlo buscando señales en diversas longitudes de onda. Era un

buen explorador.

Un estruendo subió desde abajo de la quebrada cuando unas rocas se aposentaron pasada la explosión.

Entonces Jouvert soltó su escáner y corrió.

Justo detrás de él venía el ultralisco.

Abrimos fuego mientras el ultralisco cargaba por el borde de la quebrada y despedazaba a Jouvert con dos pasadas de sus cuchillas. Con los miembros de Jouvert aún en el aire, las puntas de nuestros C-14 martilleaban la cabeza y las patas delanteras del ultra.

Algunos colonos aprovecharon que sus cuatro guardias decidieron que encargarse del ultralisco era más importante que vigilarlos a ellos. Mientras gritaban "¡Grande!", corrieron hacia él. *Hacia* él. Y murieron, joder.

En medio de todo eso llegó la llamada: —Antorcha Siete, esta es una alerta de extracción. Reagrúpanse de inmediato en el anterior punto de lanzamiento.

—Nos están atacando —respondí. Este no era el mismo oficial de comunicaciones con el que había hablado la otra vez. Podría haber discutido por qué recibíamos esta llamada cuando nos habían dicho que no íbamos a recibir esta llamada, pero esas conversaciones no conducían a nada con los oficiales de la plana mayor—. Acudiremos al punto de lanzamiento lo antes posible. —De hecho solo estábamos a un *klick* de allí.

—Antorcha Siete, ¿cuál es la naturaleza del ataque?

—Un ultralisco.

—Repita.

—¡He dicho un maldito ultralisco, *Scion*! ¡El mismo maldito ultralisco del que les hablé la otra vez! ¡Dijeron que Vygoire estaba limpio, pero tengo aquí soldados descuartizados!

El oficial de comunicaciones ignoró el comentario. Son profesionales en ignorar cosas. —¿Situación del personal del laboratorio?

El ultra había neutralizado la distancia y ya lo teníamos encima. Pude ver que la explosión y el desprendimiento habían hecho mella en él. Algunas fisuras en el caparazón goteaban icor zerg y su pata trasera izquierda estaba claramente rota. —¡Concentrad el fuego en esa pata! —ordené.

—¿Cómo dice, Antorcha Siete?

—No se lo decía a ustedes, *Scion*. —Me puse a disparar al ultralisco y, después de todo lo que había pasado, fue entonces cuando dejé que se acercara demasiado. El ultralisco se encabritó ante un grupo de los "niños" de van Rijn, con las cuchillas káiser extendidas, y las lanzó contra ellos. Estos alzaron los brazos a su encuentro. Gritos de "¡Grande!" resonaron en el terreno y también en mi cabeza. Lo oía hasta por el comunicador. Algunos de mis soldados lo decían incluso mientras disparaban a la bestia. Quedé cubierto de trozos de la gente de van Rijn. Vera se encontraba en el extremo del terreno. Recuerdo verla apartada, lo bastante cerca del complejo de laboratorios para huir hacia él si hacía falta, pero lo bastante cerca de la batalla para ver qué ocurría. Estaba estudiando.

Estudiando la comunión.

—La extracción no puede comenzar con un ultralisco en la zona, Antorcha Siete. Vamos a abortar.

Al menos en eso coincidía con el último encargado de comunicaciones. Y yo no tenía tiempo de discutirlo porque un revés de una de las cuchillas káiser del ultralisco me echó por los suelos, abollando el costado del torso de la armadura lo suficiente para romperme las costillas. Me dejé rodar mientras la columna que tenía por pie el ultralisco golpeaba el suelo cerca de mi cabeza y me ponía perdido de barro y sangre el protector facial. Pensé que me iba a hacer saltar los sesos como había hecho con Twohy.

Entonces, prosiguió su carga pasándome por encima. Al pasar, metí mi C-14 en el hueco de detrás de su pata delantera izquierda y solté una buena ráfaga. La herida hizo salir icor a presión, salpicando todas las partes de mi protector facial que no estaban aún cubiertas de barro. Estaba ciego, pero de algún modo podía oírlo, oía su furia y su dolor. El impulso del ultra me arrancó el C-14 de las manos y el monstruo siguió adelante, abriéndose paso entre el resto de mis hombres en dirección a los sectarios. Los oía en mi cabeza, muriendo.

Tras incorporarme a duras penas, limpié el barro y el icor de mi protector facial a tiempo de ver al ultralisco acometiendo a su más ferviente adorador. —¡GRANDE! —gritó van Rijn, alto y de forma prolongada, y juro que su voz aún se oía después de que el ultralisco le cuarteara el cuerpo en ocho o diez trozos sangrientos mediante una pasada en forma de X de sus cuchillas káiser. Chocaron la una contra la otra al pasar a través del torso de van Rijn, produciendo un chirrido que me dio dentera a través de los filtros de los sensores de audio del traje CMC.

Los sectarios trataban al ultralisco como si fueran adolescentes y, él, el ídolo juvenil supremo del momento. Se abalanzaron sobre él, agarrándose a sus costados y arrojándose a sus pies. El ultralisco los mataba tan rápido como podía, pero los miembros restantes de Antorcha Siete seguían disparando. Habían dejado de preocuparse de los sectarios como daño colateral, y le estaban soltando al ultra todo lo que les quedaba.

Mientras, la piloto principal de la nave de evacuación me vociferaba al oído. —Antorcha Siete, reunión ahora mismo. Repito, reunión ahora mismo. El *Scion* exige informe de situación sobre los supervivientes del personal de laboratorio.

Me puse en pie y recuperé mi C-14. Estaba cubierto de un color amoratado y goteaba sangre del ultralisco. No estaba seguro de si dispararía.

Pero el ultralisco se estaba muriendo.

Pensé que quizás yo también. Todo parecía bañado en un aura de tonos hiperreales. Los ojos me lloraban. Bajé la vista para mirarme y me di cuenta de que ya no estaba en pie. El mundo empezó a dar vueltas y sentí la consciencia del ultralisco, muriéndose y luchando por vivir aferrado a la pura ira. Creo que yo le estaba farfullando algo al comunicador, y sé que la piloto de la nave de evacuación seguía hablando. Oía su voz junto con la presencia de la mente del ultralisco... *Mente* no es la palabra exacta. Sentía su presencia en mi cabeza.

Me eché un vistazo y observé que una de mis piernas apuntaba donde no debía, con la armadura doblada y rota a la altura de la rodilla. Las uñas del ultra, cada una tan gruesa como mi muñeca, habían cortado la superficie en un patrón radial enroscado. —Me has pisado —le dije al ultralisco.

No respondió. Estaba demasiado ocupado muriéndose. Me tendí de costado y abrí mi Rip con una sacudida. —Antorcha Siete —dije. O eso creo—. Antorcha Siete solicita comunión.

Quería decir extracción. Pero los últimos... ¿pensamientos?... del Grande comenzaban a hablar por mí.

Sí. Era por las esporas. No sé cómo funcionan. Solo intento contarles lo que sucedió para que puedan darle la vuelta a esta nave y hacer arder esa jodida bola de selva y contagio antes de que afecte a alguien más. Esporas. Imposibles de ver. Yo las tengo. ¿Cómo sabe que usted no?

¿Cómo saben que Vera no las transporta, solo porque no es sensible a la comunión? Déjenme contarles el resto. No, no, no, no me pongan otra inyección. No...

Subí a Vera a la nave. Y también al resto de Antorcha Siete. Bajamos treinta; volvimos nueve. ¿Dónde están mis demás hombres?

Estoy a punto de dormirme. Vera, Vera, no les deje...

Grande. Te oigo.

* * *

—Delira otra vez. ¿Sobrevivirá al viaje? Y ¿queda alguien del personal de laboratorio? Necesitaremos datos.

—Tenemos datos de sobra ahí en el compartimento médico. Ya les he dicho a los enfermeros que se limiten a estabilizar. No vamos a purgar las esporas.

—Dra. Langridge, usted es la única que es inmune a la espora de la comunión.

—Por ahora.

—Doakes está conectado a una máquina de soporte vital. Pide verla a usted cada vez que está consciente.

—Ya se lo he dicho: está en cuarentena, y es duro cuando la espora está activa. En cuanto lo traslademos a una instalación segura en una parte civilizada del sector, podemos...

—¿Me está diciendo que tiene una muestra? ¿Tiene suficiente para hacer lo que quiere hacer?

—Comandante, sigo órdenes estrictas de...

—Dra. Langridge, sus órdenes no me interesan. Haga lo que haga con esta espora, tendrá que conformarse con la cantidad que Doakes lleva encima. A partir de este momento, el Scion va a bombardear Vygoire con armas nucleares.

—Comandante, debo insistir...

—Dra. Langridge. Ha hablado de órdenes. ¿De quién?

—No estoy en libertad de decirlo.

—¿Y resulta que usted es inmune a las esporas? ¿Mientras las estudia siguiendo unas órdenes de las que no quiere hablarme?

—Esta conversación ha llegado a su fin, Comandante.

—Doakes ha hecho una buena pregunta. ¿Dónde está el resto de sus hombres?

—En buenas manos. Ahora, como digo, esta conversación debe terminar.

—Ese tipo de ahí se ha enfrentado a un ultralisco. Por usted.

—¿Por mí? Es un soldado. Hizo lo que le ordenaron. Igual que yo ahora. Esto está muy por encima de él. Muy, muy por encima. Ahora es un portador. Eso es todo. Puede enviar su informe al mando. Dígales que Vygoire ya no es un problema, y dígales que tengan un laboratorio listo para mí cuando regresemos.